

Los procesos de subjetivación a través del trabajo voluntario

- El voluntariado en el Cottolengo Don Orione



1

Trabajar por integrar el Cottolengo en la ciudad es una tarea que resulta difícil, ya que estas instituciones suelen estar en las afueras. No obstante, podemos hablar del Cottolengo con las personas del entorno social que frecuentamos, contándoles nuestras experiencias, mostrándoles fotos de nuestro trabajo con los residentes y manifestando la alegría que nos provoca el compartir vivencias en esta casa. Esta es una manera de acercarnos, de acortar las distancias.

Los motivos por los que nos acercamos como voluntarios al Cottolengo son variadas, algunos por amistad o curiosidad, otros por las experiencias que nosotros les transmitimos. Para nosotros el Cottolengo es un lugar donde ver de otra manera, con necesidades y valores que la gente que no se acerca, no conoce.

Algunos de nosotros, más de una vez pasó por la puerta del Cottolengo sin interesarse, ni saber quienes vivían ni que hacían en este lugar. Cuando se llega por primera vez se sienten nervios, no se sabe qué esperar. En poco tiempo, nos damos cuenta que lo importante para los residentes y para nosotros es ir, estar y compartir. Aunque nosotros no vayamos un fin de semana, igual van a estar bien cuidados, limpios y abrigados; pero cuando no vamos, se siente un vacío. Dar de comer o cambiar un pañal es muy gratificante porque a cambio se obtiene cariño y reconocimiento de parte de los residentes.

Todos nosotros estudiamos, trabajamos y tenemos nuestras actividades y en el momento en que sentimos desgano, nos sostienen en este lugar en donde podemos recargar pilas. Don Orione dijo: “en el más humilde de los hombres brilla la imagen de Dios. El que da a un necesitado, da a Dios y obtendrá de la mano de Dios la

recompensa”. Y nuestra recompensa es ser voluntarios de la gran familia del Cottolengo Don Orione.

- **Las tareas de los Voluntarios**

Susana

Mi tarea como voluntaria es acompañar a José. Él es un residente a quien voy a buscar a la escuela para después llevarlo a mi casa y darle de comer. Le ayudo con las tareas, y lo acompaño dos veces por semana al centro cultural donde se dicta un curso inglés.

Años atrás, cuando José se decidió estudiar este idioma, recuerdo que fui a hablar con la profesora a cargo y me dijo: “no tengo experiencias sobre chicos con capacidades diferentes”. Le propuse que lo conozca sin compromisos. Esta persona aceptó después de hablar con los alumnos que acompañarían a José, de quienes recibió una sorpresa cuando los niños manifestaron con gran alegría la posibilidad de tenerlo como compañero.

Otra de mis tareas es dar catequesis a los residentes que les interese. En octubre de 2005 recibieron el Sacramento de la Confirmación José y Ángel.

También acompaño a un grupo de internos a la radio Asunción, donde el Cottolengo emite el programa “Tras las Huella de Don Orione”. Se tratan muchos temas: la pobreza, la santidad, los valores, la democracia, los afectos. Se realizaron programas especiales por el Papa Juan Pablo II, para el día de Don Orione, del amigo, de la madre, del padre y del niño. Son los residentes quienes me animan a hacer radio; es asombroso ver en ellos el interés, el progreso, el orden y la disciplina con que trabajan. Ellos se encargan de buscar el material del tema que vamos a hablar y son los encargados también de la música y de los invitados.



Fabián

Comencé a dar de comer y a cambiar a Lucas, tal como me lo enseñaron religiosos y auxiliares. En ese momento estaba asistiéndolo, cubriéndole necesidades primarias. Luego de la cena, cuando intentaba llevarlo a dormir él agarraba mi mano y corría de tal manera que para mí se hacía imposible seguirlo, dado que tengo problemas para caminar. Pensando que él no me podía comprender, todas las noches que nos veíamos le recordaba mi dificultad.

Después de un tiempo y en forma progresiva, Lucas empezó a caminar en vez de correr. Hoy agarra mi mano y camina muy lento. Esa fue la pauta que me hizo dar cuenta que él entendía las consignas simples que yo le daba. Me fui acercando de a poco a él, empezamos a jugar, nos sentamos juntos en las misas y ganamos confianza mutua.

Fue ese el momento en que Lucas me enseñó a hacer de puente para que yo le sirva como apoyo y no lo anule. Hoy, al menos conmigo, agarra el vaso y toma agua solo. Lo importante que es tener un vínculo con la persona.

Romina

La primera vez que me quede dormir en el Cottolengo (situación que me intimidaba) fue cuando llegó Rocío, de 14 años de edad, que pesaba cerca de 10 kilos. Ella vivió 14 años sin que nadie la atiende, en un estado de desnutrición crónica y problemas motores e intelectuales. Su condición de abandono era total y necesitaba que la cuiden. A las pocas horas de haberla asistido ya sonreía.

En ese momento me colmaron sus ganas de vivir y no pude dejar de estar con ella. A los pocos meses cumplió 15 años y todos trabajamos para colaborar en algo:

tarjetas de invitación, la torta, el vestido, souvenir, fotógrafo, en fin, en todo lo que implica un cumpleaños.

Rocío, como todos los residentes, forma parte de mi familia como yo de la suya. Para las fiestas de Navidad y Año Nuevo la invito a mi casa. Me gustaría que viniera más veces, pero no es posible porque ella se alimenta por sonda y usa silla de ruedas. Mi barrio no está preparado para las sillas de rueda, pero eso no impide que salgamos a pasear o hagamos mandados.

Los fines de semana que me quedo a dormir en el Cottolengo, me levanto temprano para darle la leche; después me acuesto al lado de ella y dormimos otro ratito. Al principio pensé que ella no entendía nada de lo que le decía pero de apoco fui descubriendo que tiene su carácter. Si algo o alguien la hace enojar, grita o aprieta los dientes hasta hacerlos sonar. Disfruta que la bañen, le gusta dormir boca abajo, no le gusta quedarse sola pero tampoco mucha gente a su alrededor. Le gusta cantar, que bailen con ella, salir a pasear cuando hay sol y le divierten mucho los saltitos que hace la silla de ruedas por las irregularidades de la calle.

- **Los vínculos**

Cuando se empieza a conocer a los residentes, surge como pregunta qué hacer en este lugar, donde ellos tienen todo lo necesario para vivir, les dan de comer y los mantienen limpios. Pareciera que estar o no, no cambia nada. Pero al relacionarnos con ellos, nos vemos rodeados de un grupo de personas con capacidades, necesidades y exigencias distintas a las del resto de la comunidad.

A los residentes más dependientes, muchas veces los debemos asistir. Uno de ellos come por sonda y su comunicación con los demás es escasa. Más allá de esto no dejamos de conversarle. El vínculo que entablamos con ellos es único; nos llena de plenitud y de orgullo. Nosotros les brindamos nuestro tiempo para jugar, charlar, dar de comer, conocer sus historias, o simplemente sentarnos enfrente para comunicarnos con la mirada o con las manos. De esta manera nos habilitamos mutuamente para expresar el cariño.

Ver a los residentes trabajar con alegría y responsabilidad es un ejemplo; si bien hay momentos en que hay que guiarlos, esto es fácil y cómodo, porque no solo respetan los límites, sino que se respetan mucho ellos y se siente que somos una familia. Lo que pasa fuera del Cottolengo también es maravilloso, dado que cuando falta alguno de los residentes al programa de radio, los oyentes llaman para mandarles saludos y animarlos a que vuelvan.

Procuramos no tratar a los residentes desde el déficit; los motivamos a fortalecer las actividades que sí pueden hacer, incluyéndolos en grupos de pares. Brindar apoyo no es tarea fácil, dado que es común que la sobreprotección esté presente. Uno siente que requieren ser asistidos todo el tiempo y sin quererlo, no les damos el protagonismo que ellos necesitan. Es un largo proceso al que aspiramos para comprender los diferentes tiempos de cada uno, todos los días asombran con disposiciones y actitudes nuevas.

Cuando asumamos que es nuestra responsabilidad habilitar los lugares donde estas personas se sienten excluidas y modificar actitudes que los hieren, se habrá aceptado que son personas con derechos y son diferentes como nosotros. Si se deja de respetar eso, dañamos, no solo a esa persona sino a todo su entorno y el resultado es una sociedad enferma, atascada, incapaz de salir adelante. Y eso nos afecta a todos.

Susana Baes, Fabián Zarza y Romina Bay
voluntarios_lagos@yahoo.com.ar

Los autores son parte de un grupo de voluntarios que semanalmente dona su tiempo de trabajo a la institución, que participaron de talleres realizados por la Fundación ITINERIS durante 2005. Este escrito es un producto de los mismos.